

Los movimientos sociales, colectividades de la diversidad y malestar ante la pandemia por el Covid-19 en el mundo

Alfonso León Pérez* & Lilia Gómez Jiménez**

Resumen.

Hacia finales del siglo XXI, la idea de que la democracia como régimen político podía resolver casi cualquier problema generado al interior de una sociedad fue ampliamente cuestionado. Cuando en situaciones específicas la sociedad civil percibió que las acciones del Estado no eran las más adecuadas, se lanzó a evidenciarlo por medio de movimientos sociales y las acciones colectivas se diversificaron. El cambio social, el surgimiento de nuevos paradigmas y el avance tecnológico permitieron a estas nuevas expresiones redefinirse y hasta cierto punto diferenciarse de las existentes décadas atrás. Así, surgen nuevas formas de expresión, organización y convocatoria que no buscan precisamente revolucionar toda la cultura, lo político o económico, sino que se enfocan en temas específicos a los que muchos individuos se pueden sumar. En el año 2020, la pandemia por Covid19 generó las condiciones para el surgimiento de algunas de estas expresiones las cuales buscan influir mediante la presión social alternativas a las decisiones gubernamentales a lo que consideran un mal manejo del Estado ante la crisis sanitaria en el mundo.

Palabras clave.

Movimientos sociales, acción colectiva, sociedad civil, Covid-19, Estado

Abstract.

Towards the end of the 21st century, the idea that democracy as a political regime could solve almost any problem generated within a society was widely questioned. When, in specific situations, civil society perceived that the actions of the State were not the most appropriate, it launched itself to show it through social movements and collective actions diversified. Social change, the emergence of new paradigms and technological progress allowed these new expressions to redefine themselves and to a certain extent differentiate themselves from those that existed decades ago. Thus, new forms of expression, organization and convocation arise that do not precisely seek to revolutionize the entire culture, political or economic, but rather focus on specific issues to which many individuals can join. In 2020, the Covid19 pandemic created the conditions for the emergence of some of these expressions, which seek to influence, through social pressure, alternatives to government decisions to what they consider to be a mismanagement of the State in the face of the health crisis in the world.

Keywords.

Social movements, collective action, civil society, Covid-19, state

* Profesor-Investigador del Departamento de Relaciones Sociales, División de Ciencias Sociales, UAM-Xochimilco.

** Profesora-Investigadora Tiempo Completo, en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Plantel Casa Libertad.



Introducción

Europa concentra a la mayor parte de los países desarrollados en el mundo. Sus instituciones, desarrollo democrático y política social les ha permitido cierta estabilidad que los coloca por encima de una amplia franja de países. En el resto del mundo, solo algunos otros como Estados Unidos, Canadá, Australia o Singapur pueden jactarse de poseer características similares. Durante largo tiempo, el fortalecimiento de la democracia y la idea de que como forma de gobierno resolvería todas las demandas sin importar su índole, permitió a los gobiernos subsanar las deficiencias más significativas. No obstante, en las primeras décadas del siglo XXI hemos observado un incremento de movimientos sociales y organizaciones que cuestionan las políticas del Estado al tiempo que buscan revertirlas mediante acciones colectivas cuyo discurso contestatario ha derivado en acciones más agresivas que evidencian las fallas de la democracia. Por lo anterior, el objetivo de este artículo es analizar la respuesta que la sociedad civil ha tenido por vía de los movimientos sociales respecto a las políticas gubernamentales nacionales e internacionales en torno a la pandemia del COVID-19. Para ello el trabajo se estructura en tres partes: *la primera* establece las referencias teóricas en torno a los movimientos contemporáneos y algunos ejemplos de nuestra realidad más inmediata. *La segunda* aborda las reacciones de protesta y movimientos sociales surgidos de la sociedad civil en el marco de la pandemia sanitaria por COVID-19. *La tercera* establece algunas consideraciones finales de lo sucedido a un año de que el brote de neumonía originado en Wuhan, China fuera declarado pandemia.

Los movimientos sociales desde la perspectiva teórica.

El estudio sobre los movimientos sociales tiene su origen a partir los movimientos obreros referidos en la obra de Marx (1967) quien catalogaba toda movilización como un movimiento obrero, una aseveración exagerada para nuestros días. En esta primera clasificación, los movimientos obreros carecían de cualquier potencial revolucionario y se daba por sentado que el movimiento social por excelencia era el movimiento obrero; en consecuencia, todos los estudios que surgieron posteriormente se limitaron al estudio de los movimientos obreros, la forma en que se organizaban y las movilizaciones que realizaban. Lenin (1924), contribuyó a la ampliación del concepto al dar cuenta de la relación de subordinación existente entre los movimientos sociales y el partido revolucionario, así como el funcionamiento para los intereses de un partido político.

Hacia 1998, se consideró que los movimientos sociales habían entrado en un período de calma, al menos en las democracias industriales avanzadas. En Europa Central y Oriental, se remitía al nerviosismo ocasionado por la caída del comunismo; en Estados Unidos de América, la atención se centraba en los conflictos relacionados con las costumbres sexuales del presidente Bill Clinton; antiguos conflictos



en África, Europa Suroriental y Latinoamérica estallaron provocando guerras civiles, parecía que los movimientos sociales se quedarían estancados en una sola concepción y que no remitirían en movimientos sociales de mayor trascendencia (Meyer y Tarrow, 1998).

El inicio del nuevo siglo trajo consigo cambios en la acción colectiva, este argumento, favorito de algunos especialistas, empezó a reflejarse en los estudios académicos que racionalizaban o desmenuzaban los movimientos sociales. Los analistas comenzaron a cuestionarse acerca de la separación entre los estudios de los movimientos sociales y otras formas de acción colectiva (McAdam, 2001). La cuestión apuntaba a plantearse cómo es que la población respondía a las perturbaciones ocasionadas por el neoliberalismo global. Estos conflictos que en la década de los noventa habían sido relativamente contenidos, decantarían en movimientos violentos que empezaron a incidir en la sociedad.

No era interés de los académicos tratar de responder a estos cambios, sino actualizar la conceptualización planteada desde la década de los noventa a los movimientos sociales, dando paso a ideas y puntos de vista diferentes con respecto a ellos. Algunas preocupaciones por parte de los académicos se centraban en nuevas formas de manifestación, las cuales dejaban de lado la cultura y las emociones. En lo sucesivo, la forma de definir a los nuevos movimientos sociales ignorará las formas violentas de acción colectiva como lo son las guerras civiles, los ataques perpetrados por grupos terroristas y la violencia étnica las cuales se habían expandido por el mundo. Empero, las nuevas expresiones más generales de lucha se convirtieron en la materia prima de estudios que en ocasiones tenían resultados significativos, tales como el estudio sistemático de las guerras civiles y las insurgencias de los grupos guerrilleros (Santamarina, 2008).

La tarea de realizar una aproximación de algunos paradigmas que existen sobre los movimientos sociales presenta de entrada ciertas dificultades. Numerosos autores, señalan la existencia de dos problemas básicos al momento de abordar el tema de la acción colectiva. El primero es la complejidad derivada de la enorme heterogeneidad de estos, pues en la categoría de movimientos sociales, encontramos movimientos muy dispares. Algunos de estos movimientos son los movimientos pacifistas de estudiantes, los que están en protesta contra la energía nuclear, aquellos que promueven la defensa de las minorías nacionalistas, los que luchan por los derechos de la mujer, los derechos de los homosexuales y el derecho y protección de los animales, los movimientos religiosos, los que pugnan por la medicina alternativa, los de la Nueva era, y los ecologistas sólo por mencionar algunos ejemplos (Laraña y Gusfield, 1994: 3). En segundo lugar, se deben tomar en cuenta los desacuerdos existentes sobre el significado y el carácter polisémico del término que derivan tanto de la diversidad de los objetivos de cada movimiento, como la dificultad misma de establecer las fronteras entre estos y otras formas de acción política.

Aunado a ello, es necesario considerar la pluralidad teórica en torno al concepto; Melucci (1994) ha realizado una interesante revisión entorno a ello señalando que su concepción está unida a una visión historicista, lineal y objetivista de la acción social, por lo que podemos decir que no existe unanimidad en la percepción, los contenidos, las perspectivas, ni los significados que implica el término de movimientos social. Para captar el concepto, lo mejor es delimitarlo, apuntando a criterios más amplios que permitan su adaptación dependiendo de la variedad de movimientos, de sus perspectivas y de sus dinámicas para ser llevados a cabo. Algunos autores señalan que desde la Primera Guerra Mundial aparecieron otras formas de protesta política y social lo que obliga a ampliar



la definición tradicional de estos movimientos. El involucramiento de investigadores sociales produjo un cambio de actitud y una valoración más crítica y objetiva de lo que era la acción colectiva, dejando de calificar de irracionales y desviados a quienes participaban de estas manifestaciones.

En la década de los sesenta, las tradiciones teóricas imperantes dificultaban el análisis de los movimientos sociales. Los paradigmas clásicos, se mostraban insuficientes al no responder ni a los nuevos actores ni al contexto histórico, situación que aún en los setenta, dificultaba el estudio de estos por parte de las ciencias sociales. Hoy en día, los cambios políticos, sociales y culturales causados por el fenómeno de la globalización apoyados del uso intensificado de las tecnologías de información y comunicación, dan a los movimientos sociales una forma de organización que replantea también las formas de ejecutarse, sus alcances varían tanto como la naturaleza que da origen a los mismos. Desde una mirada latinoamericana Zibechi reconoce que hasta los años setenta, la acción social se centraba en las demandas hacia el Estado, al establecimiento de alianzas con partidos políticos y otros sectores sociales, y a la lucha por modificar la correlación de fuerzas; además, identifica cuatro rasgos distintos en los nuevos movimientos sociales: el primero es su territorialización, es decir, su arraigo en espacios físicos recuperados o conquistados; el segundo es la búsqueda de su autonomía, tanto de los Estados como de los partidos políticos; en tercer lugar, buscan la revalorización de su cultura y la afirmación de la identidad más allá de la definición de ciudadanía liberal; y el cuarto rasgo es su capacidad para formar sus propios intelectuales (Zibechi, 2003: 185-186).

Para Santos la novedad más importante de estos nuevos movimientos sociales es la crítica a la regulación social capitalista y a la emancipación social socialista como la definió el marxismo. Al identificar nuevas formas de opresión que van más allá

de la producción (como las basadas en diferencias generacionales, de género, culturales, étnicas, de preferencia sexual o de relación con el ambiente, entre otras), y al buscar un nuevo paradigma social basado menos en la riqueza y el bienestar material y más en la cultura y la calidad de vida, los nuevos movimientos sociales denuncian con una fuerza radical los excesos de regulación de la modernidad. La identificación de estas nuevas formas de regulación y por tanto de emancipación, los nuevos movimientos sociales están evidenciando la necesidad de una nueva relación entre la subjetividad y la ciudadanía. Santos (2001: 180) considera que la novedad de los movimientos sociales no está en el rechazo a la política y a sus instituciones formales, sino en su ampliación más allá del marco liberal de la distinción entre Estado y sociedad civil. La politización de lo social, de lo cultural, e incluso de lo personal, abre un inmenso campo para el ejercicio de la ciudadanía y revela, al mismo tiempo, las limitaciones de la ciudadanía social, circunscrita al marco del Estado y de lo político por el constituido (Santos, 2001: 481).

Las categorías de movimiento social y la acción colectiva ayudarán a identificar en el contexto los procesos sociales, los conflictos, el papel de la subjetividad y la ciudadanía, las disputas por el significado urbano que dan sentido a la conformación de las agrupaciones y sus manifestaciones públicas, para luego caracterizarlas en el marco de estas categorías. Sin embargo, aunque por su capacidad heurística las categorías de análisis construidas desde otros contextos pueden ayudar a entender nuestra realidad, es indispensable dar cuenta de las peculiaridades culturales a las que se deben ajustar. Así, en el corpus teórico de los movimientos sociales se emplean expresiones como: “fuerzas sociales, movimiento popular, movimiento comunitario, movimiento sociopolítico, movimiento de clase, fuerzas populares, rebeliones, revueltas, revueltas plebeyas, movilizaciones, insurrecciones, insurgencias, multitud y muchedumbre”.



La variabilidad de palabras para designar a los movimientos sociales suele ser demasiado ambigua e imprecisa, incluso el adjetivo de novedad ha incrementado el número de expresiones, sin embargo, no es un problema reciente el debate sobre i) el esclarecimiento de la “génesis” de la movilización social, ii) los caracteres que la componen y iii) la explicación de los virajes, retrocesos, rupturas y herencias de la acción colectiva. Una descripción global se encuentra a finales de la década de los sesenta, cuando las “sociologías del actor” irrumpieron en la escena intelectual ante el desgaste de los análisis que explicaban las estructuras de las sociedades modernas, permitiendo el surgimiento de los movimientos sociales en tanto unidad analítica del pensamiento social. De esa forma se construyó el dilema clave para descifrar qué diferencia existía entre los movimientos sociales y las clásicas manifestaciones de los actores; en este punto, las explicaciones dadas por Touraine y Melucci —con claras diferencias— se yuxtaponen directamente a la concepción de “inspiración marxista”.

Touraine explica que los movimientos sociales se basan en “conductas socialmente conflictivas, pero también culturalmente orientadas y no como la manifestación de contradicciones objetivas de un sistema de dominación”, sin embargo, “es una acción de clases, dirigida contra un adversario propiamente social”, asimismo, un “movimiento social no puede ser el creador de una sociedad más moderna o avanzada que aquella que combate”, lo que significa “reemplazar el tema de la superación por el de la alternativa”. Melucci (1991) indica que “la acción colectiva debe contener solidaridad, es decir, la capacidad de los actores de reconocerse a sí mismos y de ser reconocidos como parte de una unidad social”, también la acción colectiva de un movimiento social presenta la característica del conflicto lo que “presupone adversarios que luchan por algo”, cuyo desenlace es sobrepasar “el rango de variación que un sistema pueda tolerar, sin cambiar

su estructura”. Para cada uno es importante apartar los movimientos de “otras formas de rechazo” u otra “clase específica de fenómeno colectivo”. Estos dos autores han trascendido teóricamente porque, en el debate por caracterizar a los movimientos se incluyó la diferencia entre los movimientos de la sociedad industrial con respecto a los de la “sociedad de la información”. Touraine también anota que “movimientos culturales anuncian la aparición de nuevos movimientos sociales” los cuales no combaten directamente un adversario de clase sino luchan para erradicar “formas arcaicas de dominación social que son cristalizadas en la conciencia colectiva”, sin embargo, Touraine apunta que su formación aun es confusa.

La postura de Melucci se deslinda directamente a la de Touraine, pues destaca que en la actualidad el control social del aparato tecnocientífico, las agencias de información y comunicación, así como los centros de decisión política inciden con mayor amplitud en las dimensiones de la vida privada, en los procesos subjetivos y biológicos, y justamente sobre estos aspectos se impulsa la acción colectiva de los actores para construir “universos simbólicos” con autonomía propia, que a decir de Melucci, la “capacidad de informar” es el terreno de disputa entre las formas contemporáneas de poder y los movimientos sociales para difundir y transmitir códigos simbólicos. Bajo este argumento pone en duda si continúa, en las sociedades contemporáneas, la existencia del antagonismo, considerando el “funcionamiento del mercado político, como expresiones de categorías o grupos sociales excluidos que intentan obtener representación política”, en donde la acción de los actores manifiesta “la exigencia de una distribución diferente de los recursos o de nuevas reglas”. Si bien, “el mercado transforma al movimiento en grupo de presión, segmenta sus áreas, burocratiza algunos grupos y dispersa otros. La profesionalización del movimiento no anula [...] su núcleo antagonista, sino que lo hace más difícil



de identificar”. De ahí, según Melucci, que las explicaciones omniabarcativas ya no respondan las interrogantes de los nuevos movimientos sociales, dando como resultado una “retirada teórica” que por supuesto deja inconclusa la pregunta sobre los conflictos antagonistas; para ello, propone volver a plantear la acción social mediante el “proceso por el cual su significado se construye en la interacción social”, pues el ejercicio del poder en las “sociedades de la información” se basa en el control de los códigos y en “la capacidad de subvertir los códigos dominantes”, y por lo tanto, el antagonismo es de carácter comunicativo. Subsecuentemente “los movimientos son medios que nos hablan a través de la acción. No se trata de que no empleen palabras y slogans o mensajes, sino que su papel como intermediarios entre los dilemas del sistema y la vida diaria de las personas se manifiesta principalmente en lo que hacen: su mensaje central consiste en el hecho de que existen y actúan”.

Esto redimensionó el análisis de los movimientos, pues el conflicto se desplaza al ámbito cultural en donde reside la “identidad personal, el tiempo y el espacio de vida, la motivación y los códigos del actuar cotidiano”. No es de sorprender entonces la mirada hacia lo cultural como elemento faltante para explicar la acción de los actores ante la multiplicidad de acontecimientos que modelan a las sociedades de la información globalizante. Allí reside lo interesante de los movimientos, ya que el ascenso de otros actores que construyen identidades paralelas a las hegemónicas es una característica recurrente que ostentan varios movimientos del mundo, incluso esto muestra la dificultad de comprender las demandas o la orientación de un movimiento si hay un desconocimiento sobre su identidad.

El señalamiento es que la globalización posee un patrón de conflictividad que estimula la cohesión étnica, la lucha por las identidades y las demandas por el respeto identitario; incluso las estrategias

globalizantes en su etapa neoliberal no afectan de manera homogénea, pues en los territorios latinoamericanos a diferencia de Europa occidental —y Estados Unidos— los movimientos no se desplegaron en el marco de una masificación y burocratización de la democracia sino en el caótico ambiente del autoritarismo estatal y la excesiva centralización. Al respecto, Subirats considera que Europa transita hacia un nuevo escenario de movimientos y de política en red, donde las funciones de intermediación y movilización están sometidas a dinámicas de cambio que derivan en el surgimiento de nuevas formas de movilización y agitación social, como fueron los casos de Seattle, Praga, la Primavera Árabe o “Yo soy 132” en México, en las cuales la conexión entre crisis, movilización y uso de las redes sociales queda demostrada (Subirats, 2013: 72). Además, agrega que estas nuevas formas organizativas pueden ser menos estables y jerárquicas; más transgresoras y confrontativas; menos vinculadas a instituciones, partidos o sindicatos; así como más críticas con la política y los políticos convencionales. Estas nuevas formas de manifestación, encontraría también formas más agresivas de represión policial, que en los casos menos grave consistían en la detención de los manifestantes y en los casos más graves a la muerte de estos (Santamarina, 2008). Aunado a ello, las nuevas formas de comunicación han reconfigurado la acción colectiva mas allá de las fronteras del Estado para perfilar movimientos de índole internacional o global.

Así, en pleno siglo XXI, los movimientos sociales son también resultado del conjunto de transformaciones económicas, referidas a la supremacía del modelo globalizador; de las políticas, que han desplazado al Estado nacional por instituciones supranacionales; culturales, referidas al surgimiento de nuevas concepciones de la sociedad; y tecnológicas, donde otras formas de comunicación permiten a los individuos generar formas más rápidas y eficientes de la acción colectiva frente a un amplio



abánico de temas que abordan desde cuestiones, políticas, sociales, culturales, económicas, ambientales, de género y más recientemente de salud ante la emergencia sanitaria por COVID-19.

Las colectividades como movimientos sociales en el marco de la emergencia sanitaria por COVID-19

En el mes de diciembre de 2019, Wuhan (provincia de Hubei, China) fue el escenario de un brote epidémico que se denominó como una “neumonía” de causas desconocidas, también llamada “atípica”. El Centro Chino para el Control y Prevención de Enfermedades (CCDC) fue el responsable de investigar el brote. Rápidamente se estableció una relación positiva entre los infectados con un mercado local que fungía como su centro de trabajo. Siguiendo los protocolos de salud internacional, China informó a la Organización Mundial de la Salud (OMS) de los hechos sin tener aun causas específicas identificadas, y reportando un aumento en los casos de contagio. El 30 de enero de 2020, Tedros Adhanom Ghebreyesus director general de la OMS declaró al brote como una “Emergencia de salud pública de interés internacional”. De acuerdo con datos oficiales, a finales del mes de enero era posible contar más de 9,700 casos confirmados en China y 106 más distribuidos alrededor del mundo. En solo un mes y medio después los casos ascendían a 49,070, de los cuales 523 se reportaban en 25 países que aseguraban que al menos 170 de esos casos poseían un historial de viajes a China. (Organización Panamericana de la Salud, 2020). La Organización Mundial de la Salud, define a los coronavirus como una extensa familia de virus que pueden causar enfermedades tanto en animales como en humanos. En los humanos, se sabe que varios coronavirus causan infecciones respiratorias que pueden ir desde el resfriado

común hasta enfermedades más graves como el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS) y el síndrome respiratorio agudo severo (SRAS). Con relación a ello, se estableció que La COVID-19 es la enfermedad infecciosa causada por el coronavirus que se ha descubierto más recientemente y cuyo contagio se realiza mediante el contacto con una persona infectada a través de las gotículas que salen despedidas de la nariz y boca al toser, estornudar o hablar. (OMS, 2021).

Ante la rápida propagación del virus y la poca información certera que sobre él se tenía, las autoridades sanitarias de la OMS realizaron una serie de recomendaciones para prevenir su rápida expansión tales como mantener al menos un metro de distancia de los demás y extremar la higiene particularmente en el lavado de manos. Muchos países alrededor del mundo actuaron en consonancia con dichas recomendaciones y agregaron otras como: establecer el inicio de una cuarentena que de entrada implicó, el cierre de escuelas y algunas actividades no esenciales, así como recomendar el uso del cubre bocas, mascarilla o careta. Muchas de estas medidas fueron en parte replicadas de las aplicadas en China que, en un lapso muy corto de tiempo redujo la movilidad de más de setecientos millones de individuos y colocó en cuarentena a otros ciento cincuenta más. Conforme los números de contagios aumentaron las medidas fueron siendo más severas, el cierre de espacios públicos con alta concurrencia, la suspensión de actividades públicas y festivas, el cierre de la mayor parte de las actividades productivas e incluso algunos países establecieron el “toque de queda”. De acuerdo con un estudio del *Barcelona Center for International Affairs* (CIDOB) realizado a cuarenta y dos países europeos respecto de las medidas de contención aplicadas en relación con el COVID-19, para julio de 2020 más del 70% de los países habían declarado un estado de cuarentena particular, el 26% había declarado el toque de queda y tan solo dos países,



entre ellos Reino Unido, no había declarado el cierre de sus fronteras. (Ortíz de Zárate, 2020). Taiwán decidió aplicar penas de hasta dos años de cárcel y sesenta mil euros de multa a quienes incumplan la cuarentena; países como China, Corea del Sur, España, Francia, Alemania e Italia movilizaron a sus ejércitos en apoyo sanitario y desinfección; en Israel el servicio de seguridad interior fue autorizado para seguir con drones e intervenir con teléfonos móviles a enfermos y su entorno. (La Vanguardia, 2020).

Sin embargo, la prolongación del confinamiento comenzó a generar estrés, incertidumbre y preocupación en muchos círculos de la población. De acuerdo con algunos investigadores, los efectos psicológicos negativos de la cuarentena incluyen estrés postraumático, confusión e ira, además de ansiedad. (Orgaz, 2020). En este contexto algunos grupos comenzaron a manifestarse mediante marchas, movilizaciones o redes sociales para evidenciar la aparente incapacidad de los estados para contener y combatir los estragos del virus que ya se reflejaban en el aspecto físico, emocional y económico. Pleyers afirma que diversas teorías conspirativas se extendieron por las redes socio-digitales, dando lugar a una infodemia sin precedentes y que activistas de extrema derecha protestaron contra el cierre y las cuarentenas incluso cuando la pandemia estaba en su apogeo miles marcharon en Estados Unidos, Brasil y Alemania donde las protestas conjuntaron activistas antivacunas, antisemitas, ultraliberales y ciudadanos que difundieron teorías conspiracionistas que enmarcan el cierre como el primer paso de un golpe de estado impuesto por el gobierno. (Pleyers, 2020).

Una clara expresión de la acción colectiva se observó en torno al llamado movimiento “anti-mascarillas” (también llamadas cubre bocas o careta), el cual fue el reflejo de la inconformidad ante lo que se consideró una imposición estatal, por tanto, una

violación de derechos. Entre los meses de agosto y septiembre del 2020, la idea de oponerse al uso de mascarillas como medida sanitaria ante una pandemia “inexistente”, comenzó a difundirse en varios países desarrollados en el mundo detonando manifestaciones públicas al respecto. Los grupos antimascarilla aparecieron en manifestaciones contra las medidas de confinamiento en Estados Unidos, y después se extendieron por Alemania -donde una manifestación con partidos de extrema derecha y movimientos de extrema izquierda reunió a 15.000 personas-, Canadá, Reino Unido y Francia. (BBC News, 2020). En el caso de Estados Unidos muchos manifestantes se sentían respaldados por la propia negativa del presidente Donald Trump quien se negó en todo momento a utilizarlo. En España, entre 2500 y 3000 personas se manifestaron en la plaza de Colón, Madrid, para protestar contra el uso obligatorio de mascarillas de acuerdo con una convocatoria que circuló en redes sociales y a la cual se esperaba asistieran un millón de personas. Si bien los manifestantes no negaban la existencia del virus, si se manifestaban contra las medidas tomadas por el gobierno (Franco, 2020). En Alemania un grupo de manifestantes, muchos de ellos simpatizantes de la extrema derecha, intentó asaltar el Reichstag, el Parlamento alemán, en medio de protestas masivas contra las medidas restrictivas para frenar el avance del coronavirus. (BBC News, 2020).

Las razones que sustentan el movimiento anti-mascarillas son de índole diverso y van desde quienes consideran que su uso puede causar “hipoxia” (ausencia de oxígeno necesario para mantener activas y en óptimas condiciones las funciones corporales), que inhalar el propio aliento (halitosis) puede ocasionar algún daño, efectos de dermatitis por el contacto con las fibras de la mascarilla, hasta quienes consideran que son innecesarios y que la medida forma parte de un negocio internacional con farmacéuticas. El movimiento anti-mascarillas y la convocatoria



a manifestarse se difundió principalmente vía redes sociales (Facebook, Twitter, WhatsApp), así como vía internet y canales de YouTube, lo que evidenció cómo los avances tecnológicos redefinen los movimientos sociales al acelerar la difusión de la información llegando de forma rápida y simultánea a grupos sociales diversos. Esta modalidad tiene la peculiaridad de que la información fluye en tiempo real y agiliza la organización de un movimiento que no necesita ser visible o palpable, que no requiere un centro de organización o dirigentes identificables, es decir, el movimiento se crea en el imaginario colectivo que responde satisfactoriamente ante su identificación con las causas propuestas. Lo primero que hay que tener claro, dice el informático y twitterero Marcelino Madrigal es que lo que está ocurriendo en España es reflejo de algo que está sucediendo a nivel global y, en especial, en Estados Unidos: la propagación de teorías de la conspiración y campañas de desprestigio y ataque a los gobiernos, a los científicos y a las instituciones sanitarias a costa del coronavirus y alentadas por una mezcla de grupos supremacistas, antisistema, de ultraderecha, seguidores de pseudociencias y movimientos “alternativos”. (La Vanguardia, 2020).

En el caso de España (uno de los actos multitudinarios más grandes) los convocantes (grupúsculos sociales irrelevantes pero hiperactivos en redes sociales) la pandemia no existe y su difusión es parte de un plan conspiratorio de control mundial. Entre los organizadores destacaron: Fernando Vizcaíno y su canal de YouTube “Revelión en la granja” a partir del cual se han lanzado diversas “teorías del caos” que fueron en ocasiones censuradas como fake news. Vizcaino promovió por varios días el no usar mascarillas a través de un megáfono al pasear por las calles de Valencia; Ricardo Delgado Martín al frente del canal de YouTube “La Quinta Columna” y quien asegura ser experto en Biología sanitaria; Luis de Miguel Ortega, abogado de la Fundación Terapias

Naturales quien tiene su última aparición pública en la concentración anti-mascarillas en Bilbao y Beatriz Piepper quien fungió como encargada de la logística y responsable de contratar varias líneas de autobuses para llevar manifestantes a la Plaza de Colón, Madrid. Desde su cuenta de Twitter de Piepper la convocatoria se leyó como sigue:

“El 16 de agosto en Madrid está la concentración masiva y se vana compartir con este hashtag (#MADRID16A) por las redes de todos lo que vamos y de todos lo que no podéis venir. Por los que estáis fuera de España, compartid las imágenes que iremos subiendo. Ya que los medios de comunicación no nos sacarán. Todos a una, haremos un gran medio de comunicación desde la unión de la humanidad” (Público.es, 2021)

En el exhorto a la concentración también se unieron personalidades como Miguel Bosé quien a través de su cuenta de Twitter (@BoseOfficial, Agosto16, 2020) invitaba a asistir sin portar mascarilla, aunque al final, el mismo no acudió. La convocatoria no solo promovía la concentración masiva sino también, la desobediencia a las autoridades sobre el uso de los elementos de autoprotección contra el virus, entre ellos, la mascarilla. España, es tan solo un ejemplo de la facilidad con la cual los movimientos actuales pueden ser organizados, dirigidos e integrados para derivar en acciones concretas que evidencian una inconformidad social con las decisiones emanadas desde el poder político. Por tanto, puede definirse al movimiento anti-mascarillas como una acción colectiva heterodoxa que al estar en contra de las medidas implementadas por el Estado cuestiona su acción y sus resultados convocando a la sociedad a evidenciar su descontento y desaprobación. Su justificación se basa en el argumento de la ineficacia de las medidas estatales, el daño que el uso de mascarillas puede hacer las personas y sobre



todo en una larga cadena de desinformación o falta de información certera. Este movimiento cobró mayor importancia hacia el mes de agosto del año pasado donde logró que se registraran marchas en varios países europeos. Al respecto y en el caso de los países latinoamericanos no ha existido un férreo rechazo al uso del cubre bocas, por el contrario, entre los meses de marzo y abril la mayoría de los países de la zona implementaron medidas de contención entre las que se encontraba su uso, así como mantener distancia y sanitizar manos de forma constante. Solo en algunos países como en Brasil, el presidente Jair Bolsonaro vetó el uso obligatorio de la mascarilla, es decir solo se mantuvo como recomendación, mientras que en México el presidente Andrés Manuel López Obrador declaró que el uso de cubre bocas no sería obligatorio bajo el argumento de que en México “no hay autoritarismo”. El movimiento paso de un momento de euforia a uno de menor actividad. Aunque a la fecha hay quienes aún consideran las medidas innecesarias, al tiempo que las manifestaciones se presentan de forma mas dispersa y con un número reducido de participantes.

A finales del 2020 y los primeros meses de 2021, un nuevo tema invadió las redes sociales, la llegada de la vacuna contra el COVID-19 y su correspondiente aplicación. La vacuna se había comenzado a trabajar desde el mes de marzo del 2020 en países como China, Reino Unido, Alemania y Estados Unidos en procesos complejos que incluyen varias fases de investigación, prueba y reacción. Para febrero del presente año las autoridades sanitarias habían autorizado por lo menos diez vacunas

entre las que destacan las de las farmacéuticas Pfizer-BioNTech, Moderna, Sinovac, Sputnik V, Oxford -AstraZeneca y CanSino Biologics entre otras. Rápidamente comenzó a generarse una serie de cuestionamientos sobre cómo sería su proceso de adquisición, distribución y aplicación. La idea de que los países con mayores recursos podían acaparar la producción en detrimento del resto del mundo llevó a la OMS a crear un mecanismo capaz de garantizar el acceso “equitativo” a las vacunas, así como su distribución. Este mecanismo se denominó “COVAX” y consiste en una coalición conformada por 172 países para acelerar la búsqueda de una vacuna eficaz para todas las naciones, y al mismo tiempo apoyar la creación de capacidades de fabricación, comprando suministros con antelación con el fin de que 2,000 millones de dosis se puedan distribuir equitativamente para finales de 2021, lo que debería ser suficiente para proteger a las personas vulnerables y de alto riesgo, así como a los trabajadores de la salud de primera línea (Forbes, 2020).

Poco antes de aprobarse las vacunas y pensar en un plan de distribución, comenzó a circular la tendencia de ciertos grupos, entre ellos los negacionistas, que cuestionaban la eficacia de la vacuna o quienes argumentaban que eran más perjudiciales que benéficas, o en casos extremos, que implican un intento del gobierno por ampliar de alguna forma su control sobre la sociedad por lo que exhortaban a la población a no vacunarse. Este movimiento denominado “antivacunas”, no surge ligado al COVID-19, tiene origen de tiempo atrás y se manifiesta en contra de las vacunas en general.¹ Watson destaca que el origen histórico puede ubicarse en 1798 cuando Gloucestershire Edward Jenner probó con éxito que era cierta la creencia tradicional de que inocular con una dosis leve de viruela bovina brindaba protección contra la viruela lo que llevo a muchos a rechazarla por creerla incluso antinatural por su procedencia animal. (Watson, 2020). Según el Centro Universitario

9 En 2019 la OMS situó el movimiento antivacunas como una de las mayores amenazas para la salud mundial cuando se alertó sobre un aumento de casos de sarampión en 2019 en Europa. Las llamadas “dudas sobre las vacunas” que incentivan la renuencia o el rechazo amenazan según se estableció- con revertir el progreso contra las enfermedades (OPS, 2019).



de Ciencias de la Salud (CUCS), la campaña anti-vacunas en el mundo moderno inició en 1998, a raíz de un artículo publicado por el investigador Andrew Wakefield en la revista *The Lancet*, en el que relacionaba la aplicación de la vacuna con el autismo. Aunque posteriormente, esta información fue desmentida y considerada fraudulenta sí logro hacer eco en ciertos grupos de población. (CUCS, 2021). Piñar asegura que este movimiento no es homogéneo, ni en su origen ni en sus argumentos por lo que no se puede definir un perfil ya que ni las cuestiones socioeconómicas, ni las biológicas son un condicionante; sin embargo, destaca que tienen un rasgo en común, la cual consiste en la posibilidad de que las vacunas les provoquen efectos secundarios negativos, a pesar de que la OMS aclare, en todo momento en su web, que las vacunas son seguras. (Piñar, 2020). Algunos simpatizantes de estos grupos, no se asumen como “antivacunas”, sino que pugnan por la “libertad” de decidir vacunarse o no ya que consideran que al establecer la vacunación como obligatoria, el Estado está violando dicha libertad en el individuo.

Una característica particular de los antivacunas es que no necesariamente recurren a movilizaciones, marchas o a una acción colectiva donde se hacen visibles por cientos. En su mayoría, sus ideas y preceptos se han difundido a través de medios electrónicos y redes sociales como el Facebook, Twitter y WhatsApp, los que aseguran un mayor alcance y una mejor difusión. Alrededor del mundo artistas, personalidades y famosos (Donald Trump, Jair Bolsonaro, Enrique Bunbury, Madonna, Miguel Bose, Novak Djokovic, entre otros), han empleado sus redes sociales para sumarse al movimiento antivacunas o bien para desestimar el riesgo del virus o las acciones políticas en materia de salud tanto a nivel como internacional promoviendo lo que consideran es la “verdad” y aludiendo en algunos casos a la teoría de la conspiración. Desafortunadamente en estos medios circula mucha información falsa o

incompleta, es decir de “desinformación” lo que lleva a la sociedad a crearse ideas equivocadas y emitir juicios inexactos sobre la vacunación, en este caso contra el COVID-19. En marzo de 2019, la OMS llevó a cabo un acuerdo con directivos de *Facebook* para establecer un plan de acción que consistió en ya no recomendar los grupos y páginas que compartan información falsa y mitos sobre vacunas, y aunque los contenidos no serían eliminados encontrar los sitios sería más difícil a través de su motor de búsqueda (BBC News, 2019).

A unos meses de iniciar la vacunación y teniendo como objetivo personal médico de primera línea y adultos mayores, no se han observado movilizaciones o disturbios que busquen impedir el proceso, este hecho reitera la idea de que el movimiento antivacunas no busca desestabilizar con movilizaciones contestatarias o agresivas, en todo caso promueve el derecho de cada individuo a decidir. Los retos que se plantean ahora en esta materia implican el cómo asegurar la equidad debido a que en poco tiempo ya se ha denunciado el acaparamiento de vacunas (incluso que no han sido elaboradas aun) por parte de un número reducido de países. Aunado a ello, las farmacéuticas parecen claramente rebasadas en su capacidad productiva por lo que la promesa de la equidad parece desvanecerse. En lo sucesivo tal vez observemos otros movimientos sociales que busquen evidenciar la situación y demandar un cambio en la política de salud mundial que sea más plural e incluyente.

Conclusiones

Los movimientos sociales denominados ANTICOVID o anti-pandemia, han generado colectividades distintas a las que regularmente se manifiestan en el espacio público. Ahora, observamos a esta red de ciudadanos en distintos países que se oponen a las políticas del gobierno e incluso ir a contra corriente de la naturaleza del Estado al manifestarse



abiertamente contra el confinamiento o restricciones de salidas, no respetar el quedarse en casa y además rechazar la vacuna. En primer lugar, estas colectividades organizadas han encontrado un nicho en las redes sociales o aplicaciones que ofrece el internet y a partir de ahí exponen sus argumentos y posicionamientos, lo anterior ha encontrado resonancia y así logran formar un frente o movilización virtual que por supuesto tiene un impacto en la sociedad. En segundo lugar, el gobierno enfrenta un problema, probablemente menor, ya que en el caso de que la sociedad no respete el confinamiento utilizaría lo que regularmente se conoce como el uso legítimo de la fuerza del Estado, con el fin de mantener el orden, el gobierno no tiene otra opción por la magnitud de la emergencia sanitaria. El otro problema tiene que ver con lograr la conciliación entre la población para que se vacune, o acepte vacunarse, por supuesto que llama la atención las posturas de estos movimientos virtuales, principalmente sus planteamientos que versan sobre la libertad de elegir; el debate, si es que se le quiere llamar así, puede enfrascarse con los límites de los ciudadanos a elegir, ningún gobierno de occidente quiere ser observado como autoritario, déspota o antidemocrático; por el contrario, el objetivo es tener un aura de libertades y podríamos decir que se trata de sociedades altamente civilizadas en el ejercicio y exigencia de sus derechos; sin embargo, el gobierno enfrenta el problema de cuidar a sus ciudadanos en un tema de salud pública de magnitud global; de acuerdo con la OMS es necesario que se vacune al menos al 95 por ciento de la población para lograr la inmunidad y evitar contagios masivos. Ante esta consigna, los gobiernos de los países más poderosos, han tenido que implementar estrategias para que su población acceda a vacunarse, a finales de febrero de 2021 en Alemania, existe un rechazo a las vacunas Oxford y AstraZeneca, existe un rezago en la aplicación y se encontraban estancadas el 80 por ciento de las vacunas de Un millón y medio (El país, 24 de febrero), obviamente esto preocupa a

las autoridades y se han empleado estrategias para vacunar a la población desde la opinión de expertos hasta poner las vacunas en bares. En las encuestas que se ha aplicado en Europa indican que existe un mayor porcentaje de la población a vacunarse 40 por ciento, mientras que el 28 manifestó su negativa a vacunarse.

La idea de Rosanvallon (2006: 9), el pueblo vigila lo que hace el gobierno o la clase política, podría aplicar en este caso, ya que la suspicacia sobre los efectos de la vacuna ha alertado a la población y por ello su negativa a vacunarse, además de que existen movimientos previos sobre este tema. El caso es que no se trata de un tema que afecte intereses de grupo, sino a toda la población, ante tal escenario, algunos gobiernos, de botepronto, han dicho que no pueden obligar a sus ciudadanos, no obstante, se trata de interés global que rebasa los intereses de grupo y que afecta a todos. Es cierto que las colectividades transformadas en movimientos van más allá de los marcos institucionales y que su objetivo es restablecer otros marcos de referencia de acuerdo a sus particularidades o intereses, las acciones de estas agrupaciones que no se definen o no toman en cuenta los mecanismos institucionales han demostrado que es posible otra forma de organización e impactar en el pensamiento de la sociedad, los gobiernos aun no atinan e incluso han querido controlar estos medios, en un afán mantener la cohesión gubernamental. Es posible hablar de una variante de la sociedad civil, que condensa y amplifica demandas, que dramatiza y repercute en el sistema político.

La aparición de estos movimientos sociales en la modalidad virtual han logrado llamar la atención de las esferas gubernamentales, ya que tienen un posicionamiento en las redes virtuales y han escalado en el espacio público; sus objetivos se han concretado al respaldarse de diversas narraciones que tiene que ver con la cotidianidad, han desafiado



las políticas y se convierten en fuerzas que generan conflictos y solidaridad por las consignas y metas de corto plazo, algunas de ellas con objetivos inalcanzables. Las obras referidas dan cuenta de la diversidad de posicionamientos teóricos o conceptuales y como estos tratan de probarse frente a los movimientos de última generación, ahora se enfocan los estudios en las llamadas sociedades de la información y no en sociedades netamente industriales, ambas tienen sus tiempos, identidades y arraigo; no obstante, las primeras han ganado terreno y se han posicionado en los discursos y análisis de especialistas. En nuestro caso se trata de movimientos que parecen no tener un impacto importante, las encuestas y las convocatorias no han resultado en cientos de miles de personas, sin embargo, el movimiento está latente y por momentos más ciudadanos se solidarizan con los objetivos y se suman a las causas y malestar. El conflicto en un Estado es una constante, por más civilizados que sean los gobiernos y las sociedades, no todos son partícipes de las políticas y acciones del gobierno, la duda, desconfianza, ignorancia e incluso el hartazgo son los engranes que mueven estas colectividades.

Referencias Bibliográficas

- CASTELLS, Manuel (1998). *La Era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*. Alianza, Madrid, Vol.II.
- DÁVALOS, P. (2005). Movimientos indígenas en América Latina El derecho a la palabra, en P. Dávalos (ed.), *Pueblos indígenas, estado y democracia*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 17-33.
- DÁVALOS, P. (2006). Movimientos sociales y razón liberal: los límites de la historia, en *Revista del OSAL*, núm. 20, Noviembre, pp. 305-319.
- ECKSTEIN, S. (2001). Epílogo. ¿Qué ha sido de todos los movimientos? Los movimientos sociales latinoamericanos en vísperas del nuevo milenio, en S. Eckstein (coord.), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, Siglo XXI, México, pp. 363-412.
- FLÓREZ, J. (2007). Lectura no eurocéntrica de los movimientos sociales latinoamericanos. Las claves analíticas del proyecto modernidad/colonialidad, en S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (comp.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, pp. 243-266.
- GIMÉNEZ, G. (1994). Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 56, núm. 2, abril-junio, pp. 3-14.
- GIMÉNEZ, G. (1996). Territorio y cultura”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Revista de investigación y análisis, vol. II, núm. 4, diciembre, pp. 9-30.
- GROSGOQUEL, R. (2004). Hibridez y mestizaje: ¿Sincretismo o complicidad subversiva? La subalternidad desde la colonialidad de poder, en *De Signis 6. Comunicación y conflicto intercultural*, Gedisa, Barcelona, pp. 53-64.
- HARVEY, N. (2000). El derecho a tener derechos”, en *La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia*, Era, México, pp. 29-56.
- HOETMER, R. (2009). Después del fin de la historia: Reflexiones sobre los movimientos sociales latinoamericanos de hoy, en R. Hoetmer (coord.) *Repensar la política desde América Latina*. Cultura, Estado y movimientos sociales, PDTG/UNMSM, Lima, pp. 85-108.



- IGLESIAS, M. (2011). Teoría en movimiento. Más de una década de pensamiento crítico, en *Revista del OSAL*, núm. 30, noviembre, pp. 25-42.
- IBARRA, Pedro y Tejerina, Benjamín (ed.) (1998). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid.
- KORNHAUSER, William (1959). *The politics of mass society* (Glencoe, Ill., free press)
- LARAÑA, Enrique y Gusfield, Joseph (eds.) (1994). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid.
- MCADAM, D.; S. Tarrow y C. Tilly (2001). *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MELUCCI, A. (1991). La acción colectiva como construcción social, en *Estudios Sociológicos*, 9(26), mayo-agosto, pp. 357-364.
- MELUCCI, A. (1994). ¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales? en E. Laraña y J. Gusfield, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS/UNAM, México, pp. 119-149.
- MIGNOLO, W. (2003). *Prefacio, en Historias locales/diseños globales*. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo, Akal, Madrid.
- PLEYERS, G. (2020). Los movimientos sociales y la batalla por el significado de la crisis del coronavirus. En: *Pensamiento y Acción Interdisciplinaria*, 6(1), pp. 108-121.
- PORTO-Gonçalves, C. (2009). De Saberes y de Territorios diversidad y emancipación a partir de la experiencia latinoamericana, en *Polis, Revista Académica*, vol. 8, núm. 22, pp. 121-136.
- QUIJANO, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina, en E. Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 201-246.
- QUIJANO, A. (2004). El laberinto de América Latina ¿Hay otras salidas?, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, núm. 1 enero-abril 2004, pp. 75-97.
- QUIJANO, A. (2006). El movimiento indígena y las cuestiones pendientes en América Latina, en *Argumentos*, año 19, núm. 50, enero-abril, pp. 51-77.
- SANTAMARINA Campos, Beatriz (2008). Movimientos sociales: una revisión teórica y nuevas aproximaciones, en: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*. Movimientos sociales y comunidades. Consultado el 22 de mayo de 2015.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2001). Los nuevos movimientos sociales, en: *Revista del OSAL*, núm. 5, septiembre 2001, pp. 177-184.
- SANTOS, B. (2001). Los nuevos movimientos sociales, en *Revista del OSAL*, núm. 5, septiembre, pp. 177-184.
- SANTOS, B. (2005). Sobre el posmodernismo de oposición, en *El milenio huérfano*. Ensayos para una nueva cultura política, Trotta, Madrid, pp. 97-113.
- SANTOS, B. (2008). Reinventando la emancipación social, en: *Pensar el Estado y la sociedad: desafíos actuales*, CLACSO, Bolivia, pp. 13-35.



- SANTOS, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Trilce/Extensión universitaria. Universidad de la República, Uruguay.
- SEOANE, J. Taddei, E. y Algranati, C. (2006). Las nuevas configuraciones de los movimientos populares en América Latina, en A. Boron y G. Lechini, G. (comp.), *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico: lecciones desde África, Asia y América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 227-250.
- SUBIRATS, J. (2013). ¿Nuevos movimientos sociales para una Europa en crisis? En: *futuro de la eurozona, gobernanza económica y reacción social: salidas europeas a la crisis*. Bilbao: EUROBASK, pp. 67-91.
- ROSANVALLON, P. (2006). *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Paris, Seuil.
- TAPIA, L. (2009). Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política, en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm. 17, marzo, pp. 1-4.
- TARROW, Sidney (2004). *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Editorial.
- TARROW, Sidney (1992). El fantasma de la ópera: Partidos políticos y movimientos sociales de los años 60 y 70 en Italia. En: Dalton, Russell y Küchler, Manfred (eds.). *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Alfons El Magnànim, Valencia, pp 341-369.
- TOURAINÉ, A. (2003). Del sistema al actor, en *Revista colombiana de sociología*, núm. 20, enero-junio, pp. 167-185.
- TOURAINÉ, A. (2006). Los movimientos sociales, en *Revista colombiana de sociología*, núm. 27, julio-diciembre, pp. 255-278.
- WALSH, C. (2007). Interculturalidad y colonialidad del poder. Un pensamiento y posicionamiento 'otro' desde la diferencia colonial, en Castro-Gómez S. y Grosfoguel R. (comp.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, pp. 47-62.
- ZIBECHI, R. (2003). Los movimientos sociales latinoamericanos tendencias y desafíos, en *Revista del OSAL*, núm. 9, enero 2003, p. 185-188.
- ZIBECHI, R. (2008). Ecos del subsuelo: resistencia y política desde el sótano, en A. Ceceña, *De los saberes de la emancipación y de la dominación*, CLACSO, Buenos Aires, 2008, pp. 71-99.
- ZIBECHI, R. (2014). Los nuevos-nuevos movimientos sociales, en: *La Jornada*, 10 de enero de 2014.

Páginas electrónicas consultadas y sitios de internet

- BBC News (2019). BBC News. [En línea] Available at: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-47496656>. [Último acceso: 21 Enero 2021].
- BBC News (2020). BBC News. [En línea] Available at: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-53965905>; <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-53810072>. [Último acceso: 20 febrero 2021].
- BBC News (2020). BBC News. [En línea] Available at: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-53810072>. [Último acceso: 30 Enero 2021].



CUCS (2021). Centro Universitario de Ciencias de la Salud. [En línea] Available at: <https://www.cucs.udg.mx/noticias/archivos-de-noticias/movimiento-antivacunas-en-el-mundo-propicia-resurgimiento-del>. [Último acceso: 23 Febrero 2021].

FORBES (2020). Forbes.com. [En línea] Available at: <https://www.forbes.com.mx/mundo-covax-que-es-el-mecanismo-para-garantizar-el-acceso-global-a-vacunas-contra-covid-19/>. [Último acceso: 9 Febrero 2021].

FRANCO, L. (2020). 2.500 personas se concentran en Colón contra el uso obligatorio de las mascarillas., s.l.: s.n. <https://elpais.com/sociedad/2021-02-23/los-alemanes-no-quieren-ponerse-la-vacuna-de-astrazeneca.html>

La Vanguardia (2020). La vanguardia. [En línea] Available at: <https://www.lavanguardia.com/vivo/lifestyle/20200824/482915473079/negacionistas-coronavirus-antimascarillas-conspiracion.html>. [Último acceso: 1 febrero 2021].

La Vanguardia (2020). La Vanguardia. [En línea] Available at: <https://www.lavanguardia.com/internacional/20200322/4816746422/coronavirus-impacto-paises-medidas-libertades.html>. [Último acceso: 22 03 2020].

OMS (2021). Organización Mundial de la Salud. [En línea] Available at: <https://www.who.int/es/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/advice-for-public/q-a-coronaviruses>. [Último acceso: 5 Febrero 2021].

OPS (2019). Organización Panamericana de la Salud. [En línea] Available at: https://www.paho.org/hq/index.php?option=com_content&view=article&id=14916:ten-threats-to-global-health-in-2019&Itemid=135&lang=es. [Último acceso: 21 Enero 2021].

Organización Panamericana de la Salud (2020). Organización Panamericana de la Salud. [En línea] Available at: <https://www.paho.org/es/documentos/actualizacion-epidemiologica-enfermedad-por-coronavirus-covid-19-15-enero-2021#:~:text=Desde%20la%20actualizaci%C3%B3n%20epidemiol%C3%B3gica%20publicada,casos%20y%20de%2019%25%20de>. [Último acceso: 02 Febrero 2021].

ORGAZ, C. j. (2020). BBC News. [En línea] Available at: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-51681200>. [Último acceso: 10 febrero 2021].

ORTIZ de Zárata, R. (2020). Barcelona Centter for International Affairs. [En línea] Available at: https://www.cidob.org/en/biografias_lideres_politicos_only_in_spanish/organismos/union_europea/covid_19_la_respuesta_de_europa_contra_la_pandemia. [Último acceso: 12 Febrero 2021].

PIÑAR, A. (2020). La Vanguardia. [En línea] Available at: <https://www.lavanguardia.com/vida/junior-report/20201120/49551491409/quienes-son-y-que-defienden-los-antivacunas.html#:~:text=En%202019%2C%20la%20OMS%20situ%C3%B3,ni%C3%B1os%20desde%20que%20son%20peque%C3%B1os>. [Último acceso: 18 Febrero 2021].

PÚBLICO.es (2021). Público. [En línea] Available at: <https://www.publico.es/sociedad/manifestacion-colon-conspiradores-profesionales-oportunistas.html>. [Último acceso: 20 08 2020].

WATSON, G. (2020). BBC. [En línea] Available at: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-50952151>. [Último acceso: 19 Febrero 2021].

